

**CUANDO LAS MUJERES SE CUENTAN  
POR CATHERINE TABARAUD<sup>1</sup>**

*WHEN WOMEN ARE TOLD*  
**BY CATHERINE TABARAUD**

**Catherine Tabaraud<sup>2</sup>**

Quand les femmes se racontent. *Empan* 53 (2004/1): 62-66.

Disponible en: <https://www.cairn.info/revue-empan-2004-1-page-62.html>.

**GONZALO JIMÉNEZ MAHECHA\***

**Resumen**

En este artículo Catherine Tabaraud hace una exploración del relato como forma de reivindicación, autoexploración y autodeterminación femenina, a través de la alfabetización y el ejercicio pedagógico de diversos procesos de lectura y escritura de mujeres analfabetas, iletradas y que se han escolarizado en una lengua distinta al francés en la Guayana Francesa, provocando así la búsqueda intencionada de relatos de la vida de mujeres, de aquellas que se callan, que no imaginan que la singularidad de su vida merece una escucha, y de mujeres que podría decirse son comunes. Permitiendo así percibir y recrear el poder de la palabra, sobretodo de la palabra escrita, pues solo a través de esta, la voz se materializa en acciones determinantes que accionan significativamente sobre la existencia y el desarrollo de cada individuo y por ende de las comunidades.

**Palabras clave:** Relato, alfabetización, mujeres, reivindicación.

**Abstract**

In this article Catherine Tabaraud explores the story as a form of vindication, self-exploration and female self-determination, through literacy and pedagogical exercise of various processes of reading and writing illiterate women, who have been in school in a language other than French in French Guiana, thus provoking the intentional search for stories of the lives of women, of those who shut up, who do not imagine that the uniqueness of their lives deserves a listen, and of women who and arguably common. Thus allowing to perceive and recreate the power of the word, especially of the written word, for only through it, the voice materializes in decisive actions that significantly acciont on the existence and development of each individual and therefore of the Communities.

**Keywords:** Story, literacy, women, vindication.

---

<sup>1</sup> Artículo de traducción. Versión: Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha, Depto. Humanidades y Filosofía, Grupo de investigación LAC/Iadap, Universidad de Nariño. Fecha de recepción: 22- Oct- 2019. Fecha de aceptación: 17- Nov- 2019.

<sup>2</sup> Responsable de la formación en el Institut de Formation de Saint-Laurent-du-Maroni, Taller permanente personalizado de escritura y de lectura, Guayana Francesa.

“Agradezco a todas las escritoras, a mis colegas de la Guayana Francesa, a mis antiguos colegas de la BPS (Base Pédagogique de Soutien), en Toulouse, a mis compañeras de escritura y a todas las mujeres que me han permitido que compartiera sus relatos.”

**D**esde siempre, me han fascinado los relatos de mujeres; sin duda, desde la infancia, desde las palabras de mi abuela, que se tomaba el tiempo para decirme, cuando le preguntaba y ella había concluido con sus múltiples tareas de mujer rural:

«Espera, pequeña, hablaremos después.» Ella había aprendido a borrarse y hablaba poco de sí:

—Pero, ¿qué quieres que te cuente?

—Todo, tu vida de antes, tu encuentro con el abuelo, la guerra. —Y sentía que ella se sorprendía de mi feroz deseo de conocer sobre su vida, de oírla. A veces, sus manos y las mías se ocupaban con una labor (cortar las papas, pelar las castañas), y allí, en esos gestos diarios, sus palabras surgían mejor, pesadas, gozosas, y me regocijaba esa impresión de devenir su cómplice a través de las confidencias del relato.

En mi práctica profesional de formadora, luego de asesora pedagógica y hoy de responsable del núcleo «formaciones básicas» (que se dirigen a personas analfabetas, iletradas que se han escolarizado en una lengua distinta al francés) dentro de un organismo de formación de Guayana Francesa, seguí con mi búsqueda de relatos de la vida de mujeres, de aquellas que se callan, que no imaginan que la singularidad de su vida merece una escucha, de mujeres que podría decirse son comunes.

El relato de vida para aprender a escribir, para inventar, para descubrirse. El relato inventor de historias, de su propia historia. Aprender a reconstruir su historia, escribir incluso sin herramientas de escritura o, a veces, encontrar una mano que escribiera lo que cada uno dice, para rastrear, para anclar aquello que cada uno es, para testimoniar sobre su singularidad. Explorar ese espacio del «sí mismo» a través de las palabras escritas. Palabras de mujeres que, en formación, se cuentan, plantean sobre el papel su trayectoria de una tierra a la otra. En Toulouse,<sup>1</sup> en la Guayana Francesa y en otros lugares: mujeres analfabetas que quieren aprender, que desean aprenderse.

Al rememorar el pasado, al organizarlo en el hilo de la narración, al restituirlo a través de los eventos, los contextos materiales, geográficos, sociales e históricos, para el interlocutor atento e interesado, el individuo escapa de una madeja difícilmente desenredable: de hecho, allí se entrelazan la historia individual y el contexto social, tanto el entorno más cercano como el más lejano, el tiempo histórico y los tiempos

---

\* Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha, Depto. Humanidades y Filosofía, Grupo de investigación LAC/Iadap, Universidad de Nariño. Contacto: gojma52@gmail.com

<sup>1</sup> Cf. el documento «Les récits de vie: application de la démarche dans les formations savoirs de base», fundamento pedagógico de apoyo, Labège, 2000.

individuales, los lugares naturales y los espacios imaginarios (Margalit Cohen Emeric).<sup>1</sup>

En primer lugar, desde mi rol de formadora, rozarme con este juego del relato, vivirlo, compartirlo antes de proponerlo a otros. Por ejemplo, partir de una fotografía, de un objeto importante, de una época —«Cuando tenía 10 años..., cuando cumpla 50»— para suscitar el relato. Cada uno reflexiona, anota, raya; en seguida, entrega una parte de su historia a través de una silla alta que pertenece al abuelo y pasa a los niños, luego a los nietos; un ramo de flores que ofrece la madre el día de la primera menstruación; un cuaderno, una joya perdida, encontrada y perdida nuevamente; un colador usado, tambaleante, pero que, de generación en generación, sigue recibiendo frutas y verduras para la comida familiar. Una vez que las palabras se plantean y pesan, la consigna es compartirlas, con el riesgo de exponerse, allí donde a menudo se ha aprendido a callar. En el relato, entre ficción y realidad, se cree perderse, se encuentran y surgen unas emociones que no se había supuesto.

Luego, estaban estas mujeres reunidas en el marco de la formación básica. Un sesgo: el tiempo de aprendizaje debe permitir el descubrimiento de su escritura, de su relato, la singularidad de las palabras elegidas para referirse a sí mismo, con humor, con distancia, con emoción.

«El tiempo deviene humano en la medida en que se articula de forma narrativa» ... Imposible encontrar de dónde procede esta cita de Paul Ricœur ... ¡Y, sin embargo!

Tiempo de la formación, de la transformación, de la contradicción. Ser iletrada, escribirlo, hacerse oír. Tras haber explorado el enfoque de los relatos de vida en Midi-Pyrénées, lo probamos en la Guayana Francesa, con mujeres, de edad madura o jóvenes, que se dedican al aprendizaje de lo escrito, en un Departamento francés, donde la cultura oral domina ampliamente y donde la vida de las mujeres sorprende a los metropolitanos, ya que se aleja tanto de las representaciones habituales.

Identidades cruzadas, mediación de lo escrito para tejer juntos el mosaico de nuestras trayectorias de vidas de mujeres.

«La verdadera meta de la acción humana no es la creación de algo, es la creación de sí mismo que, sin duda, supone, como mediadora, la creación algo» (Lavelle).<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> *Intercultures*, No. 13, p. 133-134, «Le récit autobiographique: approche universelle. Accès à la connaissance d'un milieu et expression d'une identité», abril 1991, SIETAR (Société pour l'éducation, la formation et la recherche interculturelle), Francia.

<sup>2</sup> «De l'alpha à l'oméga: la pratique du chef d'œuvre en formation d'adultes», J. Dugailly, Collectif d'alphabétisation, 1992.

Relatos cargados de comunicación, humor, rebelión... Como esta joven que se atreve a escribir, a decir, por primera vez, que no quería todo lo que le habían enseñado a hacer: la cocina, la lavandería, el terreno de cultivo,<sup>1</sup> la renuncia:

«No podía ir a la escuela, tenía que cuidar a mis hermanos y hermanas. Hoy elegí y vengo aquí a leer, a escribir, a hacer lo que debí haber hecho de pequeña, pero no tenía tiempo para ir a la escuela.» Ella lee su texto frente al grupo, unos hombres están presentes y se indignan: «¿Cómo vas a hacer para encontrar a un hombre, si no quieres ir a la cocina?» Contexto de la Guayana Francesa donde, como en África y en muchos otros lugares, las mujeres realizan la gran mayoría de las labores domésticas.

Todo es un pretexto para escribir, para contarse, para embrollar las pistas o estar lo más cerca posible de lo que se ha vivido: los recuerdos, las personas que se ha conocido, los lugares donde se ha vivido, la evocación de una edad, la historia de su nombre. La consigna se ha lanzado y cada una despliega el hilo de su vida.

María, originaria de la República Dominicana, escribe, primero en español y, luego, en francés:

Marilyn es el nombre que mi padre eligió para mí [...] María Rosa es mi nombre de bautismo, pero, también, me llamo Marilyn. Mi padre, primero, había elegido María para mí, porque tenía una hermana a la que adoraba, y que era la menor de la familia. Pero, también, me llaman Marilyn, porque mi padre adoraba a esa bella rubia y célebre estadounidense, Marilyn Monroe. Para mí, Marilyn o María es la misma persona, porque me siento bien con ambos y, en mi país, en Santo Domingo, todos me adoran. Desde cuando vivo en la Guayana Francesa, me casé con un brasileño, que es muy celoso y me hace infeliz por sus celos y su violencia. Antes, yo era feliz y, como Marilyn Monroe, ahora soy una mujer triste [...]

La misma mañana, María acababa de pedir ayuda para salir de esa situación dolorosa y encontrar una solución para dejar su casa... El deseo de referirse a lo que preocupa pasa por todos los rodeos.

Siempre en la Guayana Francesa: en un taller de escritura y de lectura para adultos, una experiencia en torno a objetos, dirigida con Claire Dublé-Verger, escritora y animadora de talleres de escritura.

Allí, las mujeres se arriesgan y traen de sus hogares objetos cargados de historia, emociones, infancia, recuerdos, objetos simbólicos, símbolos de la presencia de su identidad como

---

<sup>1</sup> *abbatis*: en la Guayana Francesa, tierra donde las mujeres cultivan alimentos.

aprendices, de su prejuicio respecto a mostrarse, a mostrar, a encontrar en sí mismas el sentido de su presencia en este lugar de aprendizaje.

Nada es mostrarse a través de un objeto, revelarse, salir del estatuto de «aquel que quiere aprender a hablar, leer y escribir el francés», para asumir aquel de una mujer singular, portadora de un millar de historias

Con mucha frecuencia, los lugares de aprendizaje hacen *tabula rasa* de las particularidades de cada uno. Se viene a aprender, no a mostrarse.

Y, de repente, las calabazas, las joyas, los taparrabos, los *matapi*,<sup>1</sup> los pequeños tesoros de la vida cotidiana ingresaron en el taller de lectura y escritura, para llevar en su estela la vida de cada uno, aquella que se vivía más allá de su presencia en el taller, antes de la aventura del aprendizaje.

Y el aprendizaje tuvo sentido.

Esos objetos fueron puentes entre sus vidas como mujeres y sus vidas como aprendices.

«Si no soy yo, ¿quién lo será?» (Albert Jacquard).<sup>2</sup>

Claro, no fue una revelación inmediata y total, los pudores han permanecido, también la discreción, pero, paso a paso, cada una pudo hablar, escucharse, escuchar, escribir, dibujar, fotografiar, inventar, descubrirse narradora, testigo, creadora, y exponerse.<sup>3</sup>

No se trataba de gramática ni de ortografía y, sin embargo, allí se estaba en el núcleo del aprendizaje: leer, escribir, explorar su creatividad, su sentido artístico.

Durante algunos meses, todos los viernes por la mañana, eso fue un viaje; los objetos fueron el punto de partida para explorar los caminos hacia sí mismo y hacia los demás.

Caminos del relato vivido y/o ficticio, de la expresión oral, los gestos, las palabras, los dibujos, las trazas que se pueden compartir. Todas han creado con diferentes medios, pero las lenguas se soltaron, los bolígrafos han corrido sobre las hojas, los lápices se han ocupado y siempre resultó feliz el descubrimiento de los resultados. Sin mencionarlos, se estaba en el núcleo de esos saberes fundamentales, pero de esos saberes que no niegan la trayectoria de cada

---

<sup>1</sup> *matapi*: tubo largo trenzado, que utilizan los amerindios, en el que se introduce la mandioca rallada, para drenarla.

<sup>2</sup> Citado en *Né pour apprendre*, Hélène Trocmé-Fabre, siete videogramas (con la participación de B. Cyrulnik, B. Nicolescu, F. Varela, A. Jacquard, A. de Peretti, J. D. Vincent, B. Schwartz), coproducción ENS Éditions, université de La Rochelle.

<sup>3</sup> Esta acción llevó a la exposición «Marmite, calebasse et matapi», en junio de 2003, en Saint-Laurent-du-Maroni, Guayana Francesa.

uno, trayectoria oral hacia lo escrito, desde su lengua materna hacia una lengua extranjera, o casi.

Lentamente, pero con seguridad, esta actividad tuvo fuertes repercusiones sobre las participantes. Las vimos que, gradualmente, ganaron en confianza, se lanzaron hacia la expresión oral, escrita o «pictórica», los frenos se han dejado poco a poco (han terminado los «no sé», «cometo errores», se dejó el borrador), debido a la labor de validación y evaluación, a través del apoyo que cada aprendiz pudo encontrar dentro del grupo.

Cada participante, a su propio ritmo, asumió riesgos, aprendió. Entonces, el hecho de exponerse, de exponer su creación fue como la culminación de ese acto de aprendizaje que, si no se carga de nosotros mismos, no quiere decir gran cosa...

Esos textos proveen un testimonio y los amo.

Dos semanas después de mi parto, mi madre me visitó. Cuando llegó, yo estaba afuera, con mi hija en brazos. Respiraba. Estaba feliz de verla.

«Buen día», me dijo. «¿Por qué la tienes en tus brazos? ¡Vas a consentirla demasiado! Y no podrás hacer nada. ¡Cuando termines de amamantarla, tienes que acostarla!»

Le dije: «¡Ven, vamos a la casa!» Los tres volvimos a la casa que mi esposo nos había construido en el camino a San Juan. Acosté a mi hija en mi habitación. Nos sentamos.

«Entonces, ¿cómo te las arreglas?», me preguntó.

Le dije: «Muy bien, ahí va.»

«Me encantaría estar contigo, ¡pero no puedo dejar a los otros muy solos! Ten, te traje algo, ¡es tuyo! ¡Mira!»

Ella me entregó una bolsa de papel verde. Dentro había una cacerola pequeña, muy muy vieja. Era esmaltada en rojo, con círculos blancos. Su tapa también era roja, tenía dos asas y un reborde negro. En algunos lugares, el esmalte se había desprendido y había dejado unas manchas negras.

«En esta cacerola, ponía a cocinar tus papillas, cuando eras pequeña; ahora, ¡te la doy para tu hija! Harás lo mismo. ¡No olvides amamantarla durante catorce meses, como yo lo hice contigo, y no la dejes llorar! Es mejor amamantarla que darle un biberón. Y, sobre todo, ¡no siempre la tengas en los brazos; ¡de lo contrario, no podrás hacer nada y ella no va a crecer!», me repitió.

«¡Si se inquieta por ti, no llorará en absoluto!», añadió con dulzura.

«Bueno, me iré; cuídate.» Me abrazó y se fue. No debía volver a verla sino el mes siguiente. Tomé la cacerola pequeña y, como tenía harina de arroz, cociné gachas y se las di a mi bebé. (Linda F., joven de 28 años, madre de cinco hijos, originaria de Surinam, marzo 2003.)

### **El mejor día de mi vida**

El mejor día de mi vida fue cuando fui a la escuela con mis amigas. Siempre estuvimos juntas, íbamos a la fiesta, íbamos de vacaciones al pueblo, dábamos un paseo en barco, en el bosque. Íbamos a los terrenos de cultivo, salíamos a la ciudad con un magnífico vestido, con hermosas ropas. Y cuando estuve en la escuela, fue una pena para mí, pues no obtuve mi título. El mejor día también fue cuando mi madre me dio el *pangui*.<sup>1</sup> (Margaretha, julio 2003).

El día más feliz de mi vida fue el día en que tuve mi menstruación por primera vez, a los 12 años. Recuerdo ese día, cuando decía que había crecido y, también, me decía que podría tener un esposo más tarde y, también, hijos.

Pensé en todo ello, porque es importante para una mujer que se casara y tuviera hijos. (Martha, 17 de julio de 2003.)

### **El objeto más importante**

Es algo muy simple, que tiene un valor que no se puede pagar con dinero. Esto es muy importante para mí, porque, sin un permiso de residencia, no viviría en la Guayana Francesa. No sabía que algún día lo tendría. Este documento se adjunta a todo lo que se ve en Francia y en todos los lugares a los que se va en Francia.

Esta es una de las cosas más importantes para mí. Por eso lo guardo con cuidado y me aseguro de nunca separarme de él.

De hecho, desde cuando obtuve mi tarjeta de residencia (fue en abril de 2002) soy feliz. (Erna, diciembre 2002.)

### **Otra historia sobre el nombre**

Sé que mi nombre es Linda, pero nunca les pregunté a mis padres de dónde vino este nombre, por qué me llamaban así. Pero, cuando tenía 3 o 4 años, recuerdo muy bien ese momento, no me llamaban Linda, todos me llamaban Coldy. Era pequeña, no me importaba que me llamaran Coldy, pero cuando llegué a los seis años, ya no quería

---

<sup>1</sup> *pangui*: en los negros cimarrones (antiguos esclavos de la Guayana Holandesa que huyeron para escapar de la esclavitud), el taparrabos bordado se ofrecía a una muchacha para marcar su paso a la edad adulta.

que me llamaran Coldy. Cuando alguien utilizaba ese nombre, le decía: «No me llamo así, mi nombre es Linda», pero nadie me oía. Además, no lo pronunciaban como era, eliminaban la «l» y daba la impresión de que habían añadido una segunda «o» y lo pronunciaban «Coody». Un día, estaba en CP, todos estaban en clase, y desde el aula podíamos ver todo lo que sucedía en la calle. Estábamos leyendo y oí que alguien gritaba mi nombre o, mejor, mi apodo. Todos volvieron la cabeza para ver quién gritaba y a quién llamaban. También, volví la cabeza y vi a mis dos primos. Fingí que no los conocía. Lo peor fue que eliminaban la «l» para poner una «r» en su lugar, lo que daba «Cordy». Gritaron una y otra vez y la maestra les preguntó: «¿Ustedes dos llaman a alguien de aquí?» Dijeron: «Sí, señora, es nuestra hermana Cordy; ella está justamente allí.» La maestra dijo: «Bueno, ¿cuál de ustedes es Cordy?» Todos dijeron: «Yo no, yo no», y yo, también, dije: «No sé a quién se refieren». Dijeron: «Es ella, la de allá», y describían mi ropa. La maestra me preguntó si los conocía y le respondí: «Señora, antes de que vinieran a molestarnos aquí, nunca había visto a esos muchachos.» Entonces, la maestra les dijo que se fueran, ellos se alejaron y me sentí aliviada. Nunca me gustó ese apodo, que nadie pronunciaba como se requería. (Linda, septiembre 2003.)

De Toulouse a Saint-Laurent du Maroni, estas mujeres nos llevan lejos, muy lejos, al núcleo de su humanidad, a los pueblos de su infancia, a lo más hondo de sus sueños, de su identidad, de sus impulsos de creadoras. Al descubrir las letras del alfabeto, han encontrado y nos han permitido descubrir las letras de su ser. Han confiado en nosotros, su formadora, y en todos los participantes. Todas hemos devenido un receptáculo y motor en el movimiento de la magia y la paradoja de este enfoque «relatos de vidas», que exploro con gusto desde hace varios años, que me trabaja y que, a cambio, ellas trabajan.

Un bien precioso

De mi abuela a ellas, a nosotras, La palabra de las mujeres,

Mi trabajo.